DE BUENAS LETRAS

Del goce

MIGUEL ARNAS CORONADO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

De vez en cuando se cansa uno de leer novelas. Me fascina la narrativa, pero también lo agota a uno tanto disfrute. Por suerte, se han escrito algunas narraciones que combinan géneros, aquellas en las que no está claro si lo que se lee es poema, novela o ensayo. Sebald abrió la veda, aunque otros ya lo habían hecho antes.

Cuando uno encuentra un libro que, conforme se va leyendo aumenta el placer, y más si, hastiado de novelas, no responde con exactitud a esa etiqueta, siente como si hubiera hallado el tesoro célebre de la isla de Stevenson. Es el caso de 'Pequeños Tratados', de Pascal Quignard. Este hombre, uno de los mejores escritores franceses de la actualidad, y hay muchos y buenos pues Francia es un país que se toma en serio a sus escritores, este hombre es el autor de 'Tous les matins du monde', que luego Alain Corneau llevó con gran maestría al cine y cuya música fue interpretada por Jordi Savall.

Estos 'Pequeños Tratados' ocupan ocho tomos, que en España se han publicado en dos volúmenes presentados muy hermosamente en una caja. Se trata de una miscelánea en la que se habla de diversos temas. Pero son novecientas páginas de delicia, de degustación de pensamientos y palabras.

Quignard es lector y traductor de griego y latín, y se conoce bien a sus clásicos. Digo sus clásicos y no los clásicos porque parece tener especial delectación por los más desconocidos: como Sidonio Apolinar o Sinesio de Cirene; en el barroco francés por Scève; o por un clásico en pleno romanticismo: Littré; adora las antañonas historias japonesas o chinas. Cómo describe su manera de pensar o las circunstancias en las que vivieron es acercarse a otros tiempos de la sola manera que conocemos, en tanto no se invente la wellsiana máquina para viajar hacia ellos. Porque esa virtud le sobra a Quignard: la capacidad descriptiva sin ponerse estupendo, sin hartarnos de detalles y adjetivos.

Si bien lo más sabroso es, desde luego, el pensamiento. No es un pensamiento estructurado al estilo de un tratado de filosofia sino que el autor francés emite 'ensayos'. Gran admirador de Montaigne, sigue el ejemplo, aunque sus párrafos son mucho más cortos y por tanto de una lectura más actual, más ágil. No por ello deja de obligar a una lectura reposada: el lector puede cerrar el libro y meditar más a menudo porque al revés del 'sieur' de Montaigne, no se extiende durante páginas y páginas sin dar respiro. ¡Y sin embargo, sus reflexiones no son menos enjundiosas!

Habla de los libros y su evolución histórica, de la lectura, del silencio y de la intimidad necesaria para la música y para la literatura, medita sobre los espejos, habla de esos personajes secundarios que ya menté anteriormente, le da vueltas a las ideas a lo largo de la historia, pero dando su opinión: «Ensaya».

Respecto a la traducción, impecable. Miguel Morey añade entre paréntesis los términos franceses cuando no se puede captar del todo el juego de palabras usado por el autor. Porque juguetón lo es un rato este Pascal Quignard. ¿Por qué en España carecemos de autores juguetones, alegres diciendo cosas profundas? Nos queda Félix de Azúa, claro. Tuvimos a Savater que ya está casi callado. Quizá el asunto está en eso que dije antes: en Francia se toman en serio a sus escritores, y los miman, los leen, los compran. Aquí bastante menos. Y un pueblo inculto nunca será un pueblo rico, aunque momentáneamente lo sea.

No es literatura de tumbona pero si apetece, puede leerse tumbado. Eso sí, debe leerse con la disposición abierta al placer, como cuando uno entra en un cinco estrellas Michelin.